

ayeron era mitad toro y mitad caballo. Un murmullo de gozoso temor cundió luego por todo el teatro, cuando se vieron aparecer osos y leopardos, leones y tigres entre gruesas cadenas de oro, amansados para aquel caso con narcóticos, que bajaban por el declive tranquilamente y sumisos á sus hermosas guías; mientras que detrás de ellos sobresalian por encima del pesado volumen de un par de rinocerontes de dos cuernos, procedentes de las distantes comarcas del Sur, los delgados pescuezos y grandes ojos de dos girafas, tales como no se habian visto en Alejandria hacia mas de cincuenta años.

Oyóse un grito que decia: "¡Orestes! ¡Orestes! ¡salud al ilustre prefecto! ¡gracias por su bondad!" Y una ó dos voces pagadas exclamaron. "¡Salud á Orestes! ¡Salud al emperador de Africa!" pero nadie contestó.

—La rosa está aun en boton, dijo Orestes á Hipatia. Se levantó, saludó á la multitud en silencio, y despues de una breve exhibicion pantomímica de gratitud y humildad, señaló triunfantemente á la calle de palmeras, entre cuya sombra

apareció la admiracion de aquel día, á saber: los grandes colmillos y enorme trompa del elefante blanco.

¡Al fin estaba allí! ¡No quedaba la menor duda! Un verdadero elefante, y sin embargo, tan blanco como la nieve. Espectáculo no visto nunca antes en Alejandria... ¡y qué no debia volver á verse!

—¡Oh mil veces felices macedonios! gritó una voz en lo alto; ¡los dioses os dispensan hoy sus bondades!

Y todas las voces y ojos confirmaron esta opinion, abriéndose mas y mas para aspirar tanta alegria, tan inagotable gloria.

El elefante caminó solemnemente mientras todo el teatro resonaba bajo sus pesados pasos, y los Faunos y Dryades huian con terror. Un coro de ninfas le rodeaba asidas las manos y cantaba el poder de la hermosura, que amansa los animales, los hombres y los dioses. Partidas de alados Cupidillos se esparcian por la orquesta y tiraban á los espectadores confites perfumados, ó con sus pequeños arcos les arrojaban flechas de fragante madera de sándalo, ó movian incensarios, que llenaban el aire de embriagadores aromas.



La procesion bajó por el declive, y el elefante se acercó á los espectadores; sus colmillos estaban adornados de rosas y mirtos; de sus orejas colgaban magnificas sortijas, y entre sus ojos se veia un frontal cargado de joyas. El mismo Eros, un hermoso niño alado, iba sentado sobre su enello, y le guiaba con la punta de una flecha de oro. Pero ¿qué objeto precioso contenia el carro formado de conchas que llevaba sobre el lomo? ¿La diosa? ¿Pelagia Afrodita?

Sí; mas blanca que el elefante, cuya blancura excedia á la de la nieve; mas rosada que la concha en que iba reclinada entre almohadones de carmesí y plateada gasa, brillaba allí la diosa, haciendo palpitar los corazones con su deliciosa sonrisa, con las miradas de sus modestos y juguetones ojos y los graciosos movimientos de su pequeña mano. Todo el teatro se levantó unánime, y diez mil personas concentraron su atencion en la incomparable hermosura que veian ante sí.

Dos veces la procesion dió la vuelta á la orquesta; y entonces, retrocediendo desde el pié de la escalera hácia el

grupo central que rodeaba á Hefesto, se desplegó á derecha é izquierda enfrente del teatro. Los leones y tigres fueron llevados á los pasillos laterales, y los jóvenes de ambos sexos se convinaron con los animales mas mansos en grupos, decreciendo gradualmente del centro á las alas, y permanecieron quietos, mientras el elefante se adelantó y arrodilló detrás de la plataforma destinada para la diosa.

Las valvas de la concha se cerraron. Las Gracias desataron las ligaduras del carro. El elefante volvió su trompa, y guiado por las suaves manos de las jóvenes, cogió la concha, la levantó en el aire, y la depositó en la grada, detrás de la plataforma.

Hefesto se adelantó cojeando, y con sus groseros gestos significó el placer que sentia en ofrecer tal espectáculo á sus fieles artífices de Alejandría, y la inesplicable delicia que debian encontrar en el místico baile de la diosa. En seguida se retiró, dejando que las Gracias se acercasen al frente de la plataforma, y que allí, con los brazos entrelazados, entonasen un canto de invocacion.



Al concluir la primera estrofa, las valvas de la concha se abrieron nuevamente y apareció Afrodita dentro de ella. Levantó la cabeza y miró en derredor el vasto círculo de asientos. Una dulce sorpresa se retrataba en su semblante, convirtiéndose luego en deleitosa admiración, y luchando la modestia con el sentimiento de nuevos goces y facultades. Se miró, y no pudo menos de sonreirse viéndose tan hermosa; en seguida dirigió los ojos al cielo, y parecía dispuesta, con medrosa alegría, á volar al inmenso espacio. Toda su figura se dilató como si recibiese fuerza de los objetos del grande universo que la rodeaba, y poco á poco de entre las conchas y yerbas marinas se levantó y anduvo en el piso de mármol, que imitaba el mar, derramándose el perfume de sus rizos por todos los miembros; perfecta Venus Anadiómene, á excepción del *cestus* que pendía de su cintura en festones de esmeraldas y perlas.

En los primeros minutos la multitud estaba demasiado extasiada de placer para pensar en aplaudir. Pero la diosa parecía exigir el debido homenaje, y cuando cruzó los brazos sobre su seno

y permaneció inmóvil un instante, como aguardando que el universo la adorase, todas las lenguas se desataron y el grito de *¡Afrodita!* sonó á manera de trueno por todos los techos de Alejandría, é hizo estremecer á Cirilo en su habitación en el Serápeo, á los cansados muleteros en las distantes montañas de arena y á los adormecidos marineros á lo lejos en el mar.

Y entonces empezó un milagro artístico, como era posible solo en un pueblo de la libre y esquisita educación física, y de la delicada percepción estética de aquellos antiguos griegos, aun en sus días de mayor decadencia: un baile, en el cual cada movimiento era una palabra, y el reposo tan elocuente como el movimiento, en el cual cada actitud podía servir de modelo á un escultor de la escuela mas pura, manifestándose la mayor actividad física, no como en las groseras pantomimas cómicas, por medio de saltos fantásticos y contorsiones siempre delicadas de magestuosa y moderada gracia. Por un momento la artista se trasformó en la diosa. El teatro, Alejandría, el universo, todo habia



desaparecido de su imaginacion y de la de los espectadores bajo el influjo de su arte, y ni ella ni ellos vieron mas que el hermoso mar que rodeaba á Citeres y á la diosa mirándose en su espejo de esmeralda, y esparciendo sobre el mar, el aire y la playa, belleza, alegría y amor....

Los ojos de Filemon se le querian saltar de vergüenza; y sin embargo, no podia aborrecerla, ni aun despreciarla. Lo hubiera hecho si la mas leve señal en su semblante indicase que dentro de ella se abrigaba algun germen de sentimiento moral; pero ni el ligero encarnado de su megilla, ni los ojos bajos con que habia entrado en el teatro se notaban ya, expresando su resto únicamente el intenso placer que le producía su habilidad y la satisfecha vanidad de una niña mal criada.... ¿Era responsable? ¿Era su alma capaz de conocer lo bueno y lo malo? Filemon creia, esperaba que no.... Y entretanto Pelagia seguia bailando, y durante un siglo de agonía, el jóven no contempló en cielo y tierra sino el laberinto de aquellos blancos piés que reflejaban en el espejo de mármol.... Al fin acabó. Paróse de

repente, rendida de fatiga y aguardando los aplausos, que resonaron en los oídos de Filemon y proclamaron como si fuese á son de trompeta la deshonra de su hermana.

El elefante se levantó y caminó hácia el lado de la plancha. Llevaba el lomo cubierto con almohadas de color carmesí, que parecia debian recibir á Afrodita sin la concha. Ella cruzó los brazos sobre el pecho, y se sonreia, mientras el elefante rodeó con la trompa su cintura y la levantó suavemente de la plancha en actitud de colocarla sobre su lomo....

Apenas los pequeños piés, unidos por el miedo, se separaron del mármol, cuando el elefante con un movimiento brusco arrojó su delicada carga sobre la plancha, miró hácia abajo, levantó su pié delantero, y agitando la trompa en el aire despidió un agudo grito de terror y disgusto....

El pié estaba ensangrentado, y era la sangre del niño cuya muerte hemos referido antes, que penetraba al través de la arena por donde el elefante habia andado, formando una mancha redonda de color de púrpura....



Filemon no pudo sufrir mas. Se precipitó por entre la apiñada masa de espectadores, abriéndose paso con la fuerza que da la locura, saltó la balaustrada de la orquesta y corrió hasta el pié de la plataforma.

—¡Pelagia! ¡hermana mia! ¡Ten compasion de mí! ¡Tenla de tí! ¡Yo te defenderé! ¡Yo te ocultaré, y huirémos juntos de este sitio infernal, de este mundo de demonios! ¡Soy tu hermano! ¡Ven!

Pelagia le miró un momento como asombrada.... La verdad brilló á sus ojos....

—¡Hermano!

Y saltó de la plataforma para arrojarle en sus brazos.... Se le presentó una elevada ventana en Atenas, desde la cual se veian olivares y jardines, los techos brillantes y la cuenca del Pireo, el ancho mar azul, y en último resultado picos purpúreos de Egina. Un niño de ojos negros, con el brazo en torno de su cuello, señalaba sonriéndose los mástiles que relucian en el distante puerto, y llamaba á su hermana... El alma adormecida despertó dentro de ella; y exhalando un grito, retrocedió avergonzada, se cubrió el rostro con

las manos y cayó desvanecida sobre la sangrienta arena.

Un alarido infernal resonó en aquel vasto círculo.

—¡Afuera con él! ¡Que se crucifique al esclavo! ¡A las fieras, noble prefecto!

Multitud de criados corrieron hácia él, y muchos de los espectadores se levantaron de sus asientos, y estaban á punto de saltar á la orquesta. Filemon se volvió á ellos como un leon acosado, y su voz se oyó clara y fuerte en medio de los rugidos de la muchedumbre.

—¡Sí! ¡haced conmigo como los romanos hicieron con San Telémaco! ¡Esclavos tan estúpidos y malditos como vuestros malditos y estúpidos tiranos! ¡Inferiores á los animales que empleais como vuestros verdugos! ¡El asesinato y concupiscencia se dan la mano, y el trono de la deshonra de mi hermana está bien construido sobre la sangre de los inocentes! ¡Que mi muerte corone el infernal sacrificio y llene la copa de vuestras iniquidades!

—¡A las fieras! ¡Que el elefante le reduzca á polvo!

Y el enorme animal, agujoneado por los sirvientes, corrió adonde estaba el



jóven, mientras que Eros saltó de su cuello y huyó llorando por la calzada.

El elefante cogió á Filemon con su trompa y le levantó en el aire. Por un instante, el grande y mugiente océano de cabezas se agitó en derredor. El jóven intentó decir una oracion, y cerró los ojos. . . . En medio de la mas intensa agonía la voz de Pelagia sonó dulce y clara.

— ¡Perdonadle! ¡Es mi hermano! ¡Perdonadle, macedonios! ¡Por amor á Pelagia. . . . á vuestra Pelagia! ¡Es lo único que os pide!

Y extendió sus blancos brazos hácia los espectadores. Despues, estrechando las enormes rodillas del elefante, le imploró fuera de si con términos de la mas apasionada súplica.

Los hombres vacilaban; pero el animal no. Bajó poco á poco la trompa y puso á Filemon en el suelo. El monge estaba salvado. Sin aliento y andándosele la cabeza, se vió echado de allí por los sirvientes, quienes le condujeron al través de pasadizos oscuros, y le arrojaron á la calle entre maldiciones, consejos y enhorabuenas indiferentes para los oídos del jóven.

Pero Pelagia tenia aún la cara cubierta con las manos, y levantándose caminó lentamente como Eva al salir del paraíso, oprimida por el peso de algun tremendo temor, al través de la orquesta, subió la calzada y desapareció entre las palmeras, sin cuidarse de los aplausos, ruegos, burlas, amenazas y maldiciones de aquella gran multitud de esclavos del pecado.

Por un momento, esta inesperada catástrofe pareció destruir todos los encantos de Orestes. Una nube, sea de disgusto ó de desconsuelo, se extendió por todas las frentes. Muchos cristianos se dispusieron á partir sin demora, heridos de verdadero remordimiento y de vergüenza al pensar en los horrores de que habian sido testigos voluntarios. El vulgo, una vez saciada su curiosidad con todo lo que habia que ver, empezó á murmurar abiertamente, calificando el espectáculo de cruel y pagano. Hipatia, sin fuerza para resistir mas, ocultó su rostro con ambas manos; pero Orestes, lejos de abatirse, convencido de que la hora de la accion habia llegado, y que si la desperdiciaba no se le volveria á presentar jamás, dió algunos



pasos, saludó con singular gracia, movió la mano reclamando silencio, y comenzó su bien estudiado discurso de la manera siguiente:

“Estoy muy distante de suponer, ¡oh macedonios! que haya podido alterar en vosotros la serenidad de espíritu propia de hombres políticos, un incidente tan ligero como es el capricho de una bailarina. El espectáculo que he tenido el honor y el placer de ofrecer á vuestra vista (aplausos de los presos puestos en libertad y de los jóvenes de la nobleza)... y que me ha parecido os habeis dignado mirar con ojos no del todo desfavorables (nuevos aplausos, en que empezaron á tomar parte los cristianos, hasta entonces remisos)... no es mas que un preludio de los graves negocios que me han inducido á congregaros en este sitio. Son tambien otros tantos testimonios de mis buenas intenciones la libertad dada á inocentes presos, la abundancia con que se ha repartido ese alimento, propiedad natural del Egipto, destinado por nuestros últimos tiranos á sostener el lujo de una corte distante.... ¿De qué serviría jactarme?... Sin embargo, ahora mismo mi cabeza se

encuentra fatigada y mis miembros desfallecidos á causa de los continuos esfuerzos hechos por vuestra felicidad, y de la perpétua administracion de la mas estricta justicia. Porque ha llegado el tiempo en que la raza macédonica, cuya gloria es la magnífica ciudad de Alejandria, vuelva á tener su antigua preeminencia política, y sea de nuevo señora de la tercera parte del universo, mereciendo que se la gobierne como una raza de hombres libres, de ciudadanos, de héroes con derecho á elegir y emplear sus gefes.... ¿Gefes he dicho? Olvidemos esta palabra, sustituyendo en su lugar el termino mas filosófico de ministros. Ser vuestro ministro.... el servidor de todos vosotros.... sacrificar mi tranquilidad, mi salud, mi vida, si fuere necesario, al grande objeto de asegurar la independenciam de Alejandria.... tal es mi fin, mi esperanza, mi gloria.... mi deseo de muchos años, ahora por la primera vez posible, con motivo de la derrota del último emperador de Roma. ¡Macedonios! ¡acordaos de que Honorio no reina ya! Un africano ocupa el trono de los Césares. Heracliano, con una victoria decisiva, ha



ganado, protegido por el cielo, la púrpura imperial, y una nueva era principia para el mundo. Mientras el conquistador de Roma ajusta sus cuentas con la corte bizantina, que ha devorado por tanto tiempo nuestra riqueza y civilización trasmediterráneas, hagamos que el Africa, libre é independiente, se reuna en torno de los palacios y astilleros de Alejandría, y encuentre en esta ciudad el centro natural de su política y de su próspero desarrollo.”

Estrepitosos aplausos de gente pagada le interrumpieron, uniéndose á ellos muchas personas, ya por mostrarse reconocidas á sus cumplimientos y halagüeñas palabras, ya porque desearan arrimarse al lado mas justo, es decir, al que estaba á la sazón en su periodo ascendente.... Las autoridades municipales estuvieron á punto de gritar: ¡Viva Orestes, emperador! pero lo pensaron mejor, y aguardaron á que algun otro le aclamase primero.... con tal que fuera persona respetable. Con tal motivo, el prefecto de la guardia, hombre de alguna presencia de espíritu, y que parece no era respetable bajo ningún concepto, tocó al prefecto de los

Astilleros con la punta de su puñal, y le dijo añadiendo á sus palabras una terrible amenaza: cuidado con ser traidor. El digno ciudadano lanzó el grito inmediatamente, fuese con pena ó patriotismo, y las autoridades, habiendo hallado un Curcio que se arrojase al precipicio, se unieron en unánime coro y saludaron emperador á Orestes. Entonces Hipatia se levantó, en medio de las aclamaciones de sus aristocráticos alumnos, y arrodillándose ante él, no sin vergüenza y desesperacion interior, le suplicó que aceptase aquella tutela sobre el comercio, las artes y filosofía griegas con que le brindaba todo un pueblo en el ardor de su entusiasmo....

—¡Es falso! gritó una voz desde las mas altas filas de asientos que estaban destinadas para las mugeres de inferior clase: al oirla, todas las cabezas se volvieron hácia aquel punto.

—¡Es falso, falso! ¡Se os engaña! ¡Le han engañado! Heracliano ha sido derrotado completamente en Ostia y ha huido á Cartago, yéndole á los alcances la escuadra del emperador.

—¡Miente esa muger! ¡Traédmela abajo, á la fuerza! gritó Orestes, per-



diendo el equilibrio con tan repentino golpe.

—¿Que miente? ¡El es quien miente! Yo que soy monge, trage la noticia. Cirilo la sabe, y todos los judios que hay en el Delta la saben tambien hace una semana. ¡Perezcan así todos los enemigos del Señor, cogidos en sus propias redes!

Y atravesando desesperadamente por entre las mugeres que le rodeaban, el monge desapareció.

Un silencio pavoroso se difundió por la multitud. Durante un minuto cada hombre se paró á contemplar el rostro del que tenia al lado, como si deseara cortarle la cabeza para desembarazarse á lo menos de un testigo de su traicion. Luego empezó un tumulto, que Orestes trató en vano de dominar. Creyese ó no el populacho las plabras del monge, la mera posibilidad de que fuesen ciertas le habia herido de terror pánico. El aspirante á emperador, ronco á fuerza de negar y protestar, tuvo por último que llamar á sus guardias, en medio de los cuales él é Hipatia salieron del teatro como mejor les fué posible, mientras que la muchedumbre se esparció

por las calles y pudo leer en las paredes de todas las iglesias los carteles que Cirilo habia mandado fijar y que contenia los pormenores de la derrota de Heracliano.

### CAPITULO XXIII.

#### NEMESIS.

HORRIBLE noche fué aquella en el palacio de Orestes. Su desconuelo, su rabia y terror eran tales y tan vergonzosos, que ninguno de sus esclavos se atrevia á acercarse á él; y hasta ya tarde no se aventuró su secretario de confianza, el eunuco caldeo, á entrar en la caverna del tigre, y solo lo hizo obligado por el miedo que tenia á los exasperados católicos, y para manifestarle la necesidad de tomar alguna determinacion.

¿Cuál tomaria? Estaba comprometido.... Cirilo era el único que sabia cuán profundamente. ¿Qué no habia descubierto el sagaz arzobispo? ¿Qué acusaciones contra él no dirigiria á la corte de Bizancio?